

EDICIÓN
43

Agosto / 2019

EL FARO

LLEVANDO LUZ A LAS NACIONES



El Ministerio de *Ananías*

SERVICIOS DEVOCIONALES

MARTES - JUEVES - DOMINGOS
7:00 PM 7:00 PM 10:00 AM



Editorial

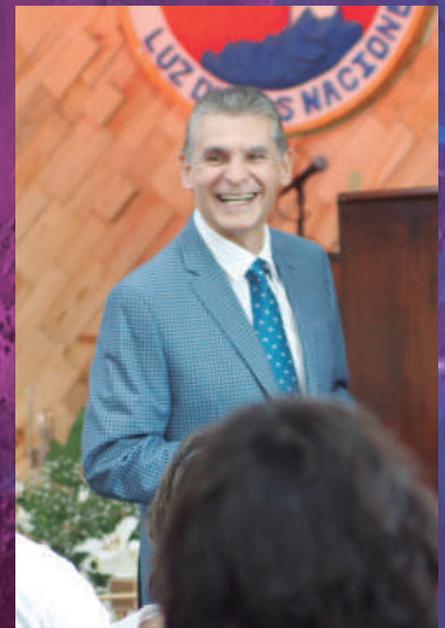
Pablo a lo largo de su ministerio formó a varios discípulos, quienes llegaron a ser grandes ministros del evangelio, dentro de ellos podemos mencionar a Timoteo, a quien el apóstol escribió que desde su niñez, había conocido las sagradas escrituras, las que le podían dar sabiduría que lo llevaría a la salvación, mediante la fe en Cristo Jesús; y agregó: Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, equipado para toda buena obra (2 Timoteo 3:14-17). Esto nos muestra que, debemos poner mucha dedicación y diligencia al estudio de la Palabra, pues conforme la entendamos y la pongamos en práctica, se convertirá en nosotros en una forma de vida que nos conducirá a la perfección.

Pareciera que algunos de los hombres mencionados en la Biblia, están ahí por accidente o por mera coincidencia, tal es el caso de Ananías, hombre piadoso y de buen testimonio delante de todos los judíos residentes en Damasco, ya que, debido a la persecución que se desató en Jerusalén, luego de la muerte de Esteban, fueron dispersados a las naciones circunvecinas. Este hombre ha sido tomado en poco, pues el personaje que todos conocemos es el apóstol Pablo y debido a su grandeza, Ananías fue relegado a quedar bajo su sombra; es por esta razón que en esta oportunidad, hemos querido indagar un poco más sobre la vida y ministerio de este gran hombre de Dios, quien debió haber sido uno de los dirigentes de la Iglesia en Damasco y sin quien posiblemente Saulo de Tarso, no podría haberse convertido en el perito arquitecto de la Iglesia. Dentro de las características más notables de Ananías, podemos ver la gran cercanía que tenía con Dios, pues escuchó la voz del Señor y él respondió: Heme Aquí, Señor; por lo que podemos compararlo con Samuel, quien también escuchó la voz del Señor y al igual que Ananías, fue enviado con la misión de ungir al siervo escogido de Dios; por su parte Samuel ungió a David tomando un cuerno lleno de aceite y después de haberlo derramado sobre su cabeza, lo ungió como rey de Israel y desde aquel momento el Espíritu del Señor vino sobre él poderosamente; de la misma manera,

Ananías fue enviado a ungir a Saulo, mas no con un cuerno físico, sino que con el cuerno de salvación, el Señor Jesucristo (Lucas 1:69). También podemos comparar a Ananías con el profeta Elías, ya que tomó a Pablo como un discípulo, quien recibió la doble porción, como le sucedió a Eliseo (2 Reyes 2). Veremos cómo los cinco mantos ministeriales manifestados en Ananías, cubrieron a Saulo. La unción apostólica, trajo sobre él la impartición de una sana doctrina y lo estableció en la visión, pues había sido llamado a ser apóstol de Jesucristo; en cuanto a la unción profética, encendió en él el fuego del Espíritu y la búsqueda de la revelación que posteriormente vendría sobre su vida, llevándolo hasta ser arrebatado al tercer cielo y al paraíso. De la misma manera, fue derramada sobre él la unción evangelística, que lo llevó a ganar para Cristo a los gentiles.

La unción pastoral y magistral descendieron poderosamente sobre aquel varón, habilitándolo como pastor de muchos que siguieron su ejemplo como Bernabé, Silas y Timoteo; no dejando de mencionar, el poderoso llamado magistral que cumplió a cabalidad, por medio de sus cartas, con las cuales nos sigue enseñando los misterios que le enseñó el maestro de maestros, nuestro Señor Jesucristo. Todo esto se logró, por el amor y la gracia que Dios puso en el corazón de un hombre llamado Ananías, quien estableció en el corazón de aquel nuevo discípulo, una marca indeleble que permanecería en su corazón para siempre, ya que todas las veces que Pablo relató su conversión a Cristo, mencionó la intervención de aquel hombre que lo tomó bajo su cuidado, en el momento más crítico de su vida, a pesar de la reputación de asesino y perseguidor de la Iglesia que tenía. Ananías se negó a sí mismo y a sus temores, para cumplir la asignación que el Señor le había encomendado.

El profeta Isaías dijo: Poca cosa es que tú seas mi siervo, para levantar las tribus de Jacob y para restaurar a los que quedaron de Israel; también te haré luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra (Isaías 49:6).



Director General

Pastor Pedro Legrand

Portada y Edición

Pastor Pedro Legrand
Jonatan Aguilar

Redacción y corrección de estilo

Pastor Pedro Legrand
Jonatan Aguilar
Jorge Vasquez
Reina Solis

Redactores del ministerio

17 Avenida 5-62 Zona 1
Ciudad de Guatemala

Teléfono / whatsapp:
+502 54744779

idcluzdelasnaciones@gmail.com
www.idcluzdelasnaciones.com



Si esta revista ha sido de bendición para tu vida.

Puedes enviar tu contribución al No. de cuenta:
02-0018258-6,
del Banco G&T Continental
a nombre de:
Iglesia Luz de las Naciones

El Discipulo

El libro de los Hechos nos habla acerca de Saulo de Tarso, un asesino y perseguidor de la Iglesia, que pidió cartas al Sumo sacerdote para poder perseguir y llevar atados a Jerusalén, a los llamados seguidores del Camino (cristianos). Cuando se dirigía a Damasco una luz resplandeció a su alrededor, la cual hizo que cayera a tierra, lo que nos muestra que al venir la luz de Cristo a nuestra vida, es necesario que nos humillemos y reconozcamos quien es el que nos habla, pues Saulo escuchó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Y él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y Él respondió: Yo soy Jesús a quien tú persigues; levántate, entra en la ciudad y se te dirá lo que debes hacer.

Saulo se levantó y aunque sus ojos estaban abiertos quedó ciego, por lo que los hombres que lo acompañaban lo llevaron de la mano a Damasco; en esta ciudad, se encontraba un hombre llamado Ananías; dentro de la descripción que la Palabra nos hace de él, era un discípulo; esto nos habla de la relación estrecha que él tenía con Jesucristo, pues sucedió que al hablarle en una visión acerca de Saulo, el Señor lo llamó primeramente por su nombre, nos damos cuenta entonces que Cristo, cuida de sus discípulos (ovejas) y los conoce por nombre. Jesús hablado a los fariseos dijo que el pastor llama por nombre a sus ovejas, mas cuando las ovejas escuchan a los extraños, huyen de ellos (Juan 10:1-5). Ananías reconocía la voz de su Señor, esto es primordial para aquella persona que esta aprendiendo de su maestro, debe reconocer quien es la persona que le enseña, es decir debe estar bajo cobertura.

El Señor le dijo: Ananías. Y él dijo: Heme aquí, Señor. Y el Señor le dijo: Levántate y ve a la calle que se llama Derecha busca a Saulo de Tarso, porque está orando y ha visto a un hombre llamado Ananías que entra y pone las manos sobre él para que recobre la vista, ante esta orden Ananías expuso delante del Señor todos los actos de Saulo, pero el Señor le dijo que fuera pues aquel hombre le sería un instrumento escogido y aun se le mostraría cuanto debía padecer por su nombre. Podemos ver como Ananías cumplía con la descripción de un discípulo, pues la entrega que tenía con el Señor hizo que se negara a sí mismo, ya que cuando el Señor lo envió con Saulo, tuvo temor, pero se sobrepuso al miedo, siguió las instrucciones que el

Señor le había dado. Cuando una persona se convierte en un discípulo, debe aprender a seguir una forma de vivir (doctrina), una disciplina, esto lo vemos en el caso de un atleta o un militar como dijo Pablo (2 Timoteo 2:1-10). Para que alguien se llegara a convertirse en un discípulo, debía de seguir un método de enseñanza, en aquel entonces había dos escuelas de conocimiento; la griega: Consistía en que un maestro, transmitiera el conocimiento adquirido a sus pupilos; y la hebrea, basada en la experimentación y la exposición al conocimiento divino, por medio de la introspección, para poder transmitir los conocimientos y habilidades, el maestro debía ampliar el entendimiento por completo de sus discípulos y así ellos continuarían haciéndolo con los demás. Era necesario que hubiera maestros, que instruyeran la Ley en las sinagogas, para que el pueblo conociera la Palabra de Dios. Esto dio lugar a distintas maneras de interpretarla; por ejemplo, los fariseos agregaron mandatos o estatutos a los que ya habían sido dados por el Señor, a través de Moisés.

Dios había mandado que se enseñaran los decretos y estatutos al pueblo, para que los cumplieran en la tierra que poseerían, a sus hijos y a sus nietos, todos los días de su vida, para que sus días fueran prolongados, les dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y diligentemente las enseñarás a tus hijos y hablarás de ellas cuando te sientes en tu casa y cuando andes por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes (Deuteronomio 6). La Palabra nos relata que al Señor le seguía una gran cantidad de gente, Él se volvió a ellos y les dijo: si alguien de ustedes quiere ser mi discípulo, tendrá que ponerme en primer lugar, antes que prestarle atención a su padre o a su madre, más que a su esposa, hijos y más que sus hermanos o hermanas, no podrán seguirme si no me aman más a mí que a ustedes mismos, si ustedes no están dispuestos a despojarse de su humanidad por seguirme a mí, no podrán ser mis discípulos. Piénsenlo bien. Si quieren ser mis discípulos, tendrán que abandonar todo lo que tienen (Lucas 14:25-33). Esto nos dice que aquel hombre o mujer que quiera conocer de la Palabra de

Dios debe estar dispuesto a hacer lo que la Escritura dicta, por lo que es necesario negarnos a nosotros mismos para que podamos llegar a ser discípulos de Cristo. De esta manera fue como el Señor Jesús los instruyo, les hablaba por medio de parábolas para que entendieran, porque viendo no veían y oyendo no oían ni entendían (Mateo 13:13); esto fue lo que le sucedió a Nicodemo, maestro de Israel, ya que cuando el Señor le explicó que debía nacer de nuevo, él no entendió. Como discípulos de Cristo, tenemos la bendición que nos enseñe directamente y pueda corregirnos a través de su Palabra y su Espíritu Santo. Por lo cual, nuestra relación con Jesús debe ser estrecha, porque en privado les explicaba a sus discípulos (Marcos 4:34). Es necesario que, como discípulos, aprendamos la enseñanza del Maestro, ya que todos seremos enseñados por Dios, pues así creceremos en el conocimiento de Cristo; si no seremos como un niño, que aún necesita que se le enseñen los rudimentos de la Palabra, que vuelve a necesitar la leche, en lugar de comida sólida (BPD Hebreos 5:12).

A Jesucristo lo reconocían como un maestro, ya que enseñaba con autoridad y antes que fuera entregado dijo: El que me rechaza y no obedece mis enseñanzas, será condenado por esas mismas enseñanzas cuando llegue el fin. Porque yo no hablo por mi propia cuenta, sino que mi Padre me envió y me dijo todo lo que debo enseñar. Y sé que los que obedecen los mandamientos de mi Padre, tendrán vida eterna. Por eso les he dicho todo lo que mi Padre me ordenó enseñarles (BLS Juan 12:48-50). El Señor ponía primero al Padre, es por esto, que un maestro debe poner primero a Cristo, para que Él lo use y haga oír su voz a los discípulos. Recordemos que no debemos buscar que nos llamen maestro, porque uno es nuestro Maestro, que nos dijo: Ustedes vayan y hagan más discípulos míos en todos los países de la tierra. Bautícenlos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Enséñenles a obedecer todo lo que yo les he enseñado. Yo estaré siempre con ustedes, hasta el fin del mundo (Mateo 28:19-20 BLS).

Su Identidad

Jesús comenzó su ministerio llamando a hombres que tenían una identidad definida, tal es el caso de los pescadores Simón, Juan y Jacobo a quienes les cambió el curso de sus vidas, pues dejaron de ser pescadores de peces para convertirse en pescadores de hombres (Lucas 5); todo esto lo hizo el Señor mientras no había sido llevado al cielo, pero después de su muerte y resurrección, siguió haciendo el llamando a hombres para el ministerio, tal es el caso de Saulo de Tarso, el perseguidor y asesino de los que andaban en el Camino (cristianos), a quien el Señor le apareció para convertirlo en el perito arquitecto de la iglesia. Pero antes de llegar a ese destino, primero debían ser abiertos sus ojos, pues había sido cegado por la doctrina de los fariseos y por el celo con el cual amaba la Ley, creyendo que los cristianos apartaban a sus hermanos del camino de la Ley Mosaica, el Señor habló a un discípulo llamado Ananías, que residía en la tierra de Damasco, para que Saulo recuperara la vista; Ananías era un hombre piadoso según las normas de la Ley y todos los judíos daban buen testimonio de él (Hechos 22:12).

Sin duda uno de los trabajos más hermosos y a la vez difícil, es ser pastor, ya que como dijo el Señor: ...el que trabaja solamente por el salario, cuando ve venir al lobo deja las ovejas y huye, porque no es el pastor ni son suyas las ovejas. Por esto el lobo las ataca, arrebatada y las dispersa en todas direcciones (Juan 10:12), es decir, que una de las características que nos deja saber que un pastor tiene identidad como tal, es que está dispuesto aún a dar su vida por las ovejas, no importa manejar a altas horas de la noche, el frío o el calor, si el lugar a donde debe ir es peligroso o aún si la persona a la cual el Señor lo envía, es de mala reputación; el pastor siempre va a estar dispuesto a auxiliar a las ovejas, esto precisamente le sucedió a Ananías, pues el Señor lo envió a Saulo el asesino y perseguidor de la iglesia, él conocía la fama de Saulo, pues le dijo al Señor: Señor, he oído de muchos acerca de este hombre, cuánto mal ha hecho a tus santos en Jerusalén y aquí tiene autoridad de los principales sacerdotes, para prender a todos los que invocan tu nombre. Pero el Señor le dijo: Ve, porque él me es un instru-

mento escogido, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, de los reyes y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto debe padecer por mi nombre. Uno de los trabajos que tiene todo hombre llamado al pastorado, es servir constantemente un alimento fresco a la congregación que preside; Ananías, cuyo nombre significa, Dios o el Señor ha favorecido (H2608 Jananiá), refleja uno de los principales atributos mencionados por los doce apóstoles, en cuanto al servicio de dar de comer a la iglesia; en aquel momento se habían encontrado con un crecimiento sustancial en la congregación y se vieron en la necesidad de buscar entre los hermanos, siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a los cuales se les entregaría esta obra (Hechos 6:3), estos varones escogidos son figura de los pastores que están bajo la cobertura de los apóstoles y que se dedican a alimentar a la congregación. Saulo había pasado tres días y tres noches sin probar alimento ni bebida y cuando Ananías llegó puso sus manos sobre Saulo y dijo: Hermano Saulo, el Señor Jesús que se te apareció cuando venías hacia Damasco, me mandó que viniera aquí, para que puedas ver de nuevo y para que recibas el Espíritu Santo. Terminando de decir aquellas palabras, algo duro, parecido a las escamas de pescado, cayó de los ojos de Saulo y este pudo volver a ver; en ese momento se puso de pie y fue bautizado.

Después de eso, comió y tuvo nuevas fuerzas. (Hechos 9). Vemos en este extracto de la Escritura, que lo primero que Ananías trajo para alimentar a Saulo, fue la Palabra profética que Jesús le había hablado, con estas palabras aquel hombre se levantó y fue bautizado; el Señor dijo, cuándo fue tentado en el desierto: No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (Mateo 4:4) y agrega la Biblia: ...El que profetiza, habla a los demás para darles fuerzas, ánimo y consuelo (1 Corintios 14:3). Otro requisito para ser pastor, según el versículo anterior, es estar lleno del Espíritu Santo, Ananías era un hombre con una profunda relación con Dios, de tal manera que el Señor le habló por medio de una visión y le dijo: Ananías. Y él dijo: Heme aquí, Señor. Y el Señor le dijo: Levántate y ve a la calle que se llama Derecha y pregunta en

la casa de Judas por un hombre de Tarso llamado Saulo, porque, he aquí, está orando y ha visto en una visión a un hombre llamado Ananías, que entra y pone las manos sobre él para que recobre la vista. Esto nos deja ver que aquel hombre estaba lleno del Espíritu Santo, quien nos guía a toda verdad (Juan 16:13,14), sumado a esto la Palabra nos dice: Pero el hombre natural no acepta las cosas del Espíritu de Dios, porque para él son necedad; y no las puede entender, porque se disciernen espiritualmente (1 Corintios 2:14). Ananías supo discernir lo que el Señor le pedía y fue y cumplió a cabalidad con la misión que el Señor le había encomendado. Saulo pasó algunos días allí en Damasco, con los seguidores de Jesús y muy pronto empezó a ir a las sinagogas para anunciar a los judíos, que Jesús era el Hijo de Dios. Como podemos ver, Ananías entendió el llamado extraordinario que el Señor había puesto en Saulo, no era corriente ver que Dios tomara tanto interés en la conversión de un hombre sanguinario como Saulo, pero cuando el Señor le hizo ver que aquel hombre se convertiría en el futuro apóstol de los gentiles, tomó la iniciativa de enseñarle todo lo referente al Señor Jesucristo.

Fue tan especial el amor con que Ananías enseñó a Saulo, que en pocos días fue lleno del Espíritu Santo y fue bautizado. Siguiendo con las instrucciones dadas por los miembros de la comunidad de Damasco, Saulo sintió en su corazón el llamado misionero, que el Señor había dado a sus discípulos y de allí en adelante, su nombre cambió de Saulo (H7586 Shaúl) que quiere decir pedido, al de Pablo (G3972 Paúlos) que quiere decir pequeño. La Palabra del Señor dice: Aunque tu principio haya sido insignificante, con todo, tu final aumentará sobremanera (Job 8:7). Ananías en su función pastoral, no tomó el principio de Saulo en poco, sino que vio hacia el futuro, a un hombre que en el cuerpo o fuera del cuerpo, fue arrebatado hasta el tercer cielo, que también fue arrebatado al paraíso y escuchó palabras inefables que al hombre no le es permitido hablar. Pablo no se gloriaba en cuanto a sí mismo, sino que en sus debilidades, pues debido a la extraordinaria grandeza de las revelaciones que había recibido, le fue enviado un mensajero de Satanás, que lo abofeteaba para que no se enalteciera, por lo que dijo muy gustosamente me gloriaré más bien en mis debilidades, para que el poder de Cristo more en mí (2 Corintios 12:1-9).

Su Obediencia

En el libro de Génesis, se nos da a conocer cómo el Señor creó todas las cosas. Dentro de su creación, hizo al hombre a su imagen y semejanza, lo puso en el huerto del Edén y Dios le ordenó al hombre, que de todo árbol del huerto podía comer, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no lo haría, porque el día que lo hiciera, él moriría. Sin embargo, la serpiente engañó a Eva para que comiera del árbol y ella le dio de comer a su esposo (Génesis caps. 1,2). Cuando ambos comieron, desobedecieron la orden del Señor y sus ojos fueron abiertos al pecado, permitiendo que la muerte reinara, aún sobre los que no habían cometido una transgresión semejante a la de Adán, pues por la desobediencia de un hombre muchos fueron tomados por pecadores (Romanos 5:14-19).

La humanidad fue aumentando en la tierra y la maldad era mucha, todos los deseos de su corazón eran siempre hacer el mal y el Señor se lamentó de haberlos creado, así que quiso destruir a toda la creación con un diluvio; pero existió un hombre que se llamaba Noé, que halló gracia ante los ojos de Dios y permitió que un remanente de la creación fuera salvado de la destrucción, a través de un arca en donde estuvieran seguros. Después de haber cesado el diluvio, la tierra nuevamente fue poblada y de entre todas las familias de la tierra el Señor escogió a Abraham, para hacer de él una gran nación; no solo esto, sino que el Señor le dijo: de cierto te bendeciré grandemente, multiplicaré en gran manera tu descendencia como las estrellas del cielo, como la arena en la orilla del mar y tu descendencia poseerá la puerta de sus enemigos. Y en tu simiente serán bendecidas todas las naciones de la tierra, porque tú has obedecido mi voz (Génesis 22:17-18). Es importante, que resaltemos la obediencia de ambos hombres a la voz de Dios, pues aunque eran hombres pecadores, alcanzaron el perdón por su obediencia, tal y como dice el salmista: Tú no pides sacrificios a cambio de tu perdón; tan sólo nos pides obediencia. (TLA Salmos 40:6). Noé, además de ser un hombre obediente, no tuvo temor de anunciar la destrucción que se avecinaba, pues durante el tiempo que le tomo construir el arca, él fue predicador de justicia, un evangelista de aquella época (2 Pedro 2:5). Cuando Cristo estuvo en la tierra,

vino a traer buenas nuevas a los afligidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a proclamar libertad a los cautivos y liberación a los prisioneros, pero dijo que, si creíamos en Él y en las obras que hizo, nosotros haríamos las mismas cosas y aún mayores que esas, es por esta razón, que debemos continuar predicando el evangelio a toda criatura, sin temor a ser rechazados, pues Cristo también dijo, que el Espíritu Santo convencerá al mundo de pecado, de justicia y juicio, de pecado porque no creen en Jesús, de justicia, porque Él fue al Padre y de juicio porque el príncipe del mundo ya fue juzgado (Juan 16:8-11). Existió un hombre que no creía en el Señor, mas su propósito era grande en Él, su nombre era Saulo de Tarso, que perseguía a la Iglesia y no le importaba entrar de casa en casa para llevar a hombres y mujeres a la cárcel. Saulo amenazaba de muerte a los discípulos del Señor, así que fue con el sumo sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, pues si encontraba algunos que pertenecieran al Camino, los pudiera llevar atados a Jerusalén. Cuando se acercaba a Damasco, repentinamente una luz resplandeció desde el cielo y cayó a tierra, entonces escucho una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Pero Saulo no reconoció la voz y preguntó quién era Él y la voz respondió: Yo soy Jesús a quien tú persigues; levántate, entra en la ciudad y se te dirá lo que debes hacer.

Cuando se levantó del suelo, no podía ver, por lo que los hombres que iban con él, lo tomaron de la mano y lo llevaron a Damasco, estuvo tres días sin ver, no comió ni bebió. En la ciudad había un discípulo que se llamaba Ananías y el Señor le dijo en una visión: Ananías. Y él dijo: Heme aquí, Señor. Entonces el Señor le dijo: Levántate, ve a la calle que se llama Derecha y pregunta en la casa de Judas por un hombre de Tarso llamado Saulo, porque he aquí, está orando y ha visto en una visión a un hombre llamado Ananías, que entra y pone las manos sobre él para que recobre la vista (Hechos 9:1-12). Algo muy interesante de notar, es que el Señor tomó a alguien que se encontraba atento a su voz; cada uno de

nosotros debemos estar atentos a la voz de nuestro Señor, pues somos pueblo de su prado y las ovejas que Él cuida (PDT Salmo 95:7). Ananías fue enviado ante alguien que había hecho mucho mal a los santos en Jerusalén y tuvo temor de ir a orar por él, sin embargo, Ananías fue a la casa de Judas, entró y puso las manos sobre Saulo y le dijo: "Hermano Saulo, el Señor me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo"; al instante cayeron de sus ojos escamas, recobro la vista, se levantó y fue bautizado. Tomó alimentos y recuperó sus fuerzas (Hechos 9:13-19). Esto nos enseña, que el amor que había en Ananías, era más grande que el miedo que pudo haber sentido, la persona que ama no tiene miedo. Donde hay amor no hay temor. Al contrario, el verdadero amor quita el miedo (BLS 1Juan 4:18). Así también, nosotros debemos permanecer en el amor fraternal, no olvidarnos de mostrar hospitalidad, pues no sabemos si a quien estamos evangelizando, sea un ministro de Dios con un propósito grande, de llevar el nombre del Señor ante los gobernantes y las naciones.

La Escritura nos describe, que Jesucristo andaba junto al mar de Galilea, donde vio a dos hermanos pescadores echando una red al mar y les dijo: Seguidme y yo os haré pescadores de hombres. De la misma manera, si nosotros seguimos al Señor, Él nos convertirá en pescadores de hombres, para que llevemos las buenas nuevas y muchos sean rescatados de las cárceles, sanados en su corazón y consolados aquellos que lloran. No debemos tener miedo de ser enviados como ovejas en medio de lobos, ante tribunales, gobernadores o reyes, pues cuando sea así, es para que testifiquemos, en ese momento el Espíritu nos dirá lo que debemos hablar. No temas, predica la palabra, insiste a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con mucha paciencia e instrucción, porque vendrá un tiempo en el que harán oídos sordos a la verdad. Mantente vigilante en todas las cosas, soporta las adversidades, haz el trabajo de un evangelista, cumple tu ministerio (2 Timoteo 4:2-5). Ananías hizo trabajo de evangelista con Saulo, quien se convirtió en el apóstol de la gentilidad y en el perito arquitecto de la Iglesia.

Sus Dones Espirituales

Es interesante notar que cuando Jesús empezó su ministerio terrenal, llamó a sus primeros discípulos; no escogió a hombres dentro de los más preparados, maestros de la Ley o gente de alcurnia, sino que buscó gente de Capernaúm, de la región de Zabulón y Neftalí, donde se había establecido. Un día el Señor andaba junto al mar de Galilea y vio a dos hermanos, Simón a quien llamó Pedro y a su hermano Andrés, ellos echaban la red al mar porque eran pescadores. Jesús les dijo: Seguidme y yo os haré pescadores de hombres. Entonces ellos, dejando al instante las redes, le siguieron (Mateo 4). Estos varones seguramente eran jóvenes que empezaban a integrarse a la fuerza laboral, aunque Pedro ya tenía familia, probablemente no era mucho mayor que los demás. De igual manera Jacobo y Juan trabajaban pescando en la barca al lado de su padre Zebedeo. El apóstol Juan nos relata que Andrés, quien era uno de los discípulos de Juan el Bautista, fue testigo del bautismo de Jesús y oyó, cuando refiriéndose al maestro dijo: He ahí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Juan 1:29).

Un día que Jesús salió para Galilea, encontró a Felipe y le dijo que lo siguiera; Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro. Felipe a su vez, encontró a Natanael y le dijo: Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la Ley y también los profetas, a Jesús de Nazaret, el hijo de José. Natanael dudó de lo que el otro decía, pero Felipe convencido le respondió: Ven y ve. Cuando Jesús vio venir a Natanael dijo: He aquí un verdadero israelita en quien no hay engaño y Natanael le dijo: ¿Cómo es que me conoces? Jesús le respondió y le dijo: Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi. Entonces Natanael respondió: Maestro, ¿tú eres el Hijo de Dios y el Rey de Israel! Jesús le dijo: ¿Crees esto sólo porque dije que te vi debajo de la higuera? Pues todavía verás cosas más sorprendentes que estas. Y agregó: En verdad, en verdad os digo que veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre. (Juan 1:29-51). Con el paso de los días se fueron adhiriendo al discipulado del Señor

muchos que lo seguían y le veían sanar enfermos, dar vista a los ciegos, resucitar muertos, echar fuera demonios. La fama de Jesús llegó muy lejos hasta Damasco, capital de Siria, una de las ciudades habitadas más antiguas del mundo, con más de 4000 años de antigüedad. En aquel lugar vivía un discípulo de Jesús llamado Ananías, cuyo nombre proviene del hebreo (Hananyah) que significa, El Señor es piadoso, el que perdona, del mismo origen de (Yehohanan) es decir, Juan. Ananías era un hombre muy observante de la Ley y muy estimado por todos los judíos que vivían en Damasco (Hechos 22:12). Ananías había llegado a tener una relación muy estrecha con el Señor y aunque se le conoce como un discípulo, podemos ver en él, un poderoso llamado profético que nos recuerda al de Samuel. La Biblia nos relata que, cuando Samuel estaba acostado en el templo del Señor, donde estaba el arca de Dios, el Señor lo llamó y él respondió: Aquí estoy. Samuel corrió a Elí, pensando que él lo había llamado y lo mandó de regreso a acostarse, pues él no lo había llamado; El Señor volvió a llamar y dijo a Elí: Aquí estoy, pues me llamaste. Pero él respondió: Yo no he llamado, hijo mío, vuelve a acostarte.

El Señor volvió a llamar a Samuel por tercera vez; entonces Elí comprendió que el Señor estaba llamando al muchacho. Samuel no conocía aún al Señor, ni se le había revelado aún la Palabra del Señor (1 Samuel 3:1-9). El Señor le dijo en una visión: Ananías. Y él dijo: Heme aquí, Señor. Y el Señor le dijo: Levántate y ve a la calle que se llama Derecha y pregunta en la casa de Judas por un hombre de Tarso llamado Saulo, porque, he aquí, está orando y ha visto en una visión a un hombre llamado Ananías, que entra y pone las manos sobre él para que recobre la vista. Pero Ananías respondió: Señor, he oído de muchos acerca de este hombre, cuánto mal ha hecho a tus santos en Jerusalén y aquí tiene autoridad de los principales sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre. Pero el Señor le dijo: Ve, porque él me es un instrumento escogido, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, de los reyes y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto debe padecer por mi nombre (Hechos 9:11-16). De esta misma manera reaccionó Moisés, cuando el Señor lo

envió a la corte de Faraón a liberar a su pueblo de Egipto. Moisés dijo al Señor: Por favor, Señor, nunca he sido hombre elocuente, ni ayer ni en tiempos pasados, ni aun después de que has hablado a tu siervo; porque soy tardo en el hablar y torpe de lengua... Ahora pues, ve y yo estaré con tu boca y te enseñaré lo que has de hablar (Éxodo 4:11-14). Cuando el Señor nos envía en una misión, nos prepara y equipa para poder cumplirla. Si Dios nos da la visión, también nos dará la provisión. Está claro que la reputación de Pablo, como perseguidor de los discípulos del Señor, era realmente temible, pues llevaba consigo cartas del sumo sacerdote para las sinagogas de Damasco, para que si encontraba a algunos que pertenecieran al Camino (cristianos), tanto hombres como mujeres, los llevara atados a Jerusalén. Al acercarse Saulo a Damasco, de pronto resplandeció en su derredor una luz del cielo; y al caer a tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Y él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y Él respondió: Yo soy Jesús a quien tú persigues; levántate, entra en la ciudad y se te dirá lo que debes hacer. Los hombres que iban con él se detuvieron atónitos, oyendo la voz, pero sin ver a nadie. Saulo se levantó del suelo y aunque sus ojos estaban abiertos, no veía nada; y llevándolo por la mano, lo trajeron a Damasco. Y estuvo tres días sin ver y no comió ni bebió (Hechos 9:5-9).

Ananías fue y entró en la casa y después de poner las manos sobre él, dijo: Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Al instante cayeron de sus ojos como unas escamas y recobró la vista; y se levantó y fue bautizado. Como hizo Jesús cuando sanó a un ciego de nacimiento, poniéndole barro en sus ojos (Juan 9), de la misma manera Ananías puso sus manos sobre Saulo y recuperó la vista. Pablo dijo a los corintios: Pues Dios, que dijo que de las tinieblas resplandeciera la luz, es el que ha resplandecido en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Cristo. Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la extraordinaria grandeza del poder sea de Dios y no de nosotros (2 Corintios 4:6,7). Los fariseos preguntaron al ciego: ¿Qué dices tú de Él, ya que te abrió los ojos? Y él dijo: Es un profeta (Juan 9:17). Saulo recuperó no solamente su vista física, sino que también la visión espiritual, el llamado que Dios tenía para su vida, ya que se convertiría en el perito arquitecto de la iglesia. Aunque tu principio haya sido insignificante, con todo, tu final aumentará sobremanera (Job 8:7).

El Discipulador

El apóstol Pablo escribió a los filipenses, pidiéndoles que vivieran una vida plena en Dios, lo que produciría en ellos un constante regocijo en el Señor. Él les dijo que no debían poner su confianza en las obras de la carne, en aquellas cosas que según la Ley tenían que hacerse, pues él mismo podría haber puesto su confianza en ellas, ya que él había sido circuncidado al octavo día, según el mandato que Dios diera a Abraham, que todo varón debía ser circuncidado al octavo día, esto nos indica, que el apóstol había nacido en la fe de sus padres, no habiendo sido un prosélito. Era del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, de donde venía Saúl, rey de Israel, de quien había tomado su nombre Saulo (nombre helenizado de Saúl, H7586 Shaúl, pedido o deseado). Pablo también era miembro de la secta de los fariseos, quienes guardaban celosamente mandamientos que habían sumado a la Ley de Moisés. Pablo había perseguido celosamente a los cristianos, por considerar que eran herejes, ya que separaban al pueblo de las enseñanzas de Moisés.

Cuando Pablo conoció al verdadero Dios y a su Hijo Jesucristo, para él todo lo que era ganancia lo estimó como perdida por amor de Cristo, considerando todas las cosas como basura a fin de ganar a Cristo. A Saulo no le bastaba perseguir a los cristianos en tierra de Israel, sino que pidió cartas al sumo sacerdote, para las sinagogas de Damasco, para que, si encontraba algunos que pertenecieran al Camino, tanto hombres como mujeres, los pudiera llevar atados a Jerusalén. Mientras viajaba al acercarse a Damasco, de repente resplandeció en su derredor una luz del cielo; y al caer a tierra oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Y él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y Él respondió: Yo soy Jesús a quien tú persigues; levántate, entra en la ciudad y se te dirá lo que debes hacer.

A Pablo le sucedió lo dicho por el profeta Isaías: El pueblo que andaba en tinieblas ha visto gran luz; a los que habitaban en tierra de sombra de muerte, la luz ha resplandecido sobre ellos (Isaías 9:2). Es interesante notar que el apóstol, luego de haber tenido la visión celestial, perdió por un tiempo su visión natural, esto nos indica que nuestros ojos naturales, no están capacitados para recibir las manifestaciones de Dios; Pablo tiempo después, pidió al Padre que diera a los efesios, Espíritu de Sabiduría y de Revelación, en el

conocimiento de Cristo y agregó: Mi oración es que los ojos de vuestro corazón sean iluminados, para que sepáis cuál es la esperanza de su llamamiento, cuáles son las riquezas de la gloria de su herencia en los santos... (Efesios 1:17-21). Los hombres que iban con Saulo, le llevaron de la mano a Damasco, pues aunque sus ojos estaban abiertos, no pudo ver nada por tres días, no comió ni bebió durante este tiempo, Pablo se dedicó a la oración y mientras lo hacía, tuvo una visión, en la que veía a un hombre llamado Ananías, cuyo nombre proviene del hebreo, H2603 de la raíz janán, doblar o inclinarse en bondad hacia un inferior; favorecer, conceder, misericordia, mover a favor mediante petición; lo que nos habla del carácter de aquel hombre, a quien Dios usaría poderosamente en la vida de Saulo. Ananías era un discípulo de Jesús, de los principales dirigentes de la iglesia en Damasco, hombre piadoso según las normas de la Ley, de quien daban buen testimonio todos los judíos que vivían allí (Hechos 22:12).

En aquella oportunidad el Señor le dijo a Ananías en una visión: Ananías. Y él dijo: Heme aquí. Y el Señor le dijo: Levántate y ve a la calle que se llama Derecha y pregunta en la casa de Judas por un hombre de Tarso llamado Saulo, porque, he aquí, está orando, pero Ananías respondió: Señor, he oído de muchos acerca de este hombre, cuánto mal ha hecho a tus santos en Jerusalén y aquí tiene autoridad de los principales sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre. Es entendible que Ananías sintiera temor ante la petición del Señor, de ir y ponerse delante de un asesino, perseguidor de la iglesia. Esto nos enseña que Dios tiene en su previo conocimiento, establecido el llamado para cada uno de sus hijos y por esta razón no podemos hacer acepción de personas, pues si Ananías no hubiera obedecido al Señor, se habría perdido el privilegio de presentarle el evangelio al perito arquitecto de la iglesia.

El Señor dijo: Ve, porque él me es un instrumento escogido, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, de los reyes y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto debe padecer por

mi nombre. Ananías fue y entró en la casa y después de poner las manos sobre él, dijo: Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Al instante cayeron de sus ojos como unas escamas y recobró la vista; y se levantó y fue bautizado. Cuando Jesús encontró a un ciego de nacimiento, escupió en el suelo e hizo barro, para que aplicándolo sobre sus ojos, recuperara la vista (Juan 9:1-38); Ananías recibió la Palabra y siendo como el barro, figura de su humanidad, fue enviado a Saulo, para que al poner sus manos sobre él, recuperara la vista, lo que nos muestra que tomando la Palabra de Dios (saliva), nosotros seremos impregnados de Él y como Ananías, seremos enviados para abrir los ojos a los Saulos de este tiempo. Ananías en aquel momento se convirtió para Saulo, en un padre espiritual, el cual lo guió en su llamado y propósito ministerial, lo estableció en la doctrina de los apóstoles y profetas. Como podemos ver, Ananías cumple las funciones de un apóstol del Espíritu, aunque es llamado discípulo, fue enviado por Cristo a Saulo, la palabra que se usa en Hechos 9:18, es apostélo G649, es decir enviar, apo, de (partitivo), similar a apóstolos, apóstol.

Notemos que Ananías fue enseñado directamente por Cristo (Hechos 9:10,11); cumplió con lo establecido por el Señor en la gran comisión, predicando a Cristo y bautizando a Saulo, tal como dijo el Señor: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado será salvo; pero el que no crea será condenado (Mar 16:15,16). Ananías puso sus manos sobre Saulo quien recuperó la vista de inmediato y de sus ojos cayeron como escamas y pudo ver; el Señor dijo a Pedro, que no sería más pescador de peces, sino de hombres (Mateo 4:19). Ananías pescó a Saulo quien posteriormente se convertiría en Pablo, el apóstol de la gentilidad. Luego de la conversión de Saulo, comió y recuperó sus fuerzas, esto nos dice que los apóstoles, dan de comer la Palabra de Dios al pueblo para que sean fortalecidos; esto cautivó el corazón de Pablo en quien se encendió la visión misionera y el amor por las almas.

ESCUCHA NUESTRA PROGRAMACIÓN EN VIVO

elfaradio.online



Radio online
EL FARO
Llevando Luz a las Naciones



SANTA CENA

1 SEPTIEMBRE
10:00 AM

17 AVENIDA 5-62 ZONA 1, CIUDAD DE GUATEMALA

idcluzdelasnaciones.com